

CULPABLE

*A mis buenos amigos Ildemaro y Natalia,
aprovechando la magia del e-mail, les dedico
esta historia corta, todavía sin publicar.
La Habana, 22 de febrero del 2000.*

No le gustaba viajar en tren. Era aburrido, lento, triste. Sólo le recordaba despedidas y ausencias, siempre desórdenes emocionales. El tren era en la memoria grávida, un laberinto de distancias y desvelos, una mala experiencia.

Pero esta vez sería diferente. Se acercaba. Regresaba descontando las horas, los kilómetros y los apeaderos hasta donde le estarían esperando, Rosario con su angustia de los años perdidos en la soledad y el abandono, Chela hecha ya una mujercita anticipada, que no se avenía con su bata de niña y su peinado de moño; Iván, con más curiosidad que emoción, por el padre que no recordaba y que tardíamente venía a ocupar su lugar.

Todos trataban de imaginarse cómo sería en lo adelante vivir en familia. Antonio tampoco tenía idea de su futuro inmediato. Precisaba sentarse ante ellos y con humildad pero sin olvidos, contarles la verdadera historia de aquella pesadilla, y preguntarles si a pesar de todo, merecía otra oportunidad.

Después de pasar los elevados¹ comenzó a lloviznar. Como aquella tarde en que el mal tiempo hizo muy difícil el funeral de Pancho Vasallo. Los enterradores habían bebido toda una botella de Bacardí, de manera que navegaban sobre el lodo, renegando del tiempo y la faena.

El cielo era parejamente gris. Llevaba horas lloviendo de manera suave y persistente, como

un triste llanto de las nubes. Sólo la familia del difunto y dos guardias rurales en servicio se mantuvieron hasta el último instante sin preocuparse por la lluvia que los empapaba. Amalia había llorado mucho, atormentada por considerarse culpable de aquella tragedia y porque lamentaba la pérdida de un padre excepcional.

Vicente el agrónomo despidió el duelo, sólo necesitó cinco minutos para decir que aquel hombre que cubrían con tierra mojada siempre había sido, sobre todas las cosas, generoso y buen amigo.

A esas horas ya el matador había confesado. Fue un caso fácil para la justicia, una declaración completa y apresurada, absoluta. Antonio resultó muy dócil aceptando la culpa, en ocasiones daba la impresión de que no quería defenderse.

No hizo falta extenderse en pesquisas o interrogatorios. El arma nunca apareció y nadie se propuso buscarla. Sólo Antonio la mencionó de pasada en su testimonio, dijo que el revólver lo había tirado al río. Nunca nadie se tomó el trabajo de informarse de que Vasallo había muerto por la bala de una vieja Parabelum. La confesión dejaba sin efecto cualquier preocupación por las pruebas.

El móvil se explicaba por el testimonio de los testigos presenciales, que resultaron concordantes y tediosos. Tan iguales entre sí que uno solo de ellos habría bastado para llenar los requisitos de la investigación.

El juicio no demoró en celebrarse y como era tan reciente la ofensa, y tan bien considerada la víctima, la condena de veinte años no mortificó a nadie más allá de Rosario y sus hijos.

De pie, Antonio se enteró sin sorprenderse, de que los próximos veinte años los pasaría tras las rejas, lejos de su familia y de su pueblo. Mirándose la punta de los pies, mordiéndose los labios, registró en su conciencia la noticia de que ahora tendría que pasar muchas páginas en blanco de su biografía y conocería cara a cara esa muerte en vida que se llama soledad. También sacó algunas cuentas, cuando dejara de llamarse RN² 33455, el día de su regreso, tendría 53 años, el pelo blanco y estaría lleno de achaques, pero en todo se equivocó.

Después de oír la condena, le concedieron unos minutos para la despedida, en la puerta de su casa, mientras los perros ladraban tristes, como si supieran de las intenciones de aquellos extraños. Ya de salida, Antonio sólo dijo una palabra:

-Espérame.

-Te esperaremos -le respondió la mujer. Y lo abrazó. No pudo darle ánimo porque no lo tenía ni siquiera para ella. Los niños dormían a pesar del último beso. Ellos no estaban advertidos de lo largo que sería el adiós.

De pie en el andén, Antonio echó un zozobranche y largo vistazo al pueblo, como si quisiera llevarse el paisaje en algún rincón de su conciencia.

Aquel día el tren también salió en su hora. La gente murmuró al paso del prisionero. Iba cabizbajo, con las manos esposadas, arrastrando las suelas de los zapatos. Uno de los soldados lo ayudó a subir al vagón. El otro le brindó un cigarro. Después su rostro se mantuvo pegado a la ventanilla hasta perderse en la lejanía.

Tantos años después apenas había cambiado el paisaje, por eso tal vez era que el regreso le parecía tan demorado. Los soldados que le escoltaban iban tranquilos, sin poner mucho empeño en la vigilia.

Ya casi llegaban. Antonio cerró los ojos y recordó la mañana en que llegó allí, diez años atrás, en julio, mientras las colmenas vibraban en los trasiegos de la miel ámbar y los tomeguines del pinar y de la tierra, cansados ya de procrear, se juntaban para emigrar en andanadas.

Ella se paseaba entre el abejeo y las flores. Aparecía y desaparecía sonriendo con humil-

dad. Su lugar estaba escondido entre curujeyes, juvas y marañones y una parra cimarrona techaba los guaicajes y alimentaba a las abejas. El le dijo un halago fortuito, la muchacha sonrió y fue en ese instante que Antonio tuvo la certeza de que se quedaría a vivir allí por muchos años, quizás por el resto de su vida. Se casaron. Algunas veces fueron felices, otras no.

"Me habría gustado empezar de nuevo, -le escribió un día desde su celda- y entonces no habría desperdiciado un solo minuto a tu lado; nadie sabe lo que tiene si no lo pierde".

Era algo que había descubierto cuando menos lo esperaba. Cuando ya no podía sacar provecho de esa reflexión y se lo llevaba el tren sin que hubiera sacado boleto de regreso.

Rosario no tuvo fuerzas para ir a la estación, pero estuvo pendiente de la hora de salida y del silbato de la locomotora. Esa misma noche recibió una visita inesperada. Lorenzo Puente venía muy dispuesto a prestar su ayuda. Ella lo recibió con desconfianza, creyéndolo un pescador en río revuelto. En una escala de simpatías del uno al diez, ella lo habría considerado menos de cinco.

Lorenzo nunca había sido tan amigo de Antonio, ni siquiera le había querido dar empleo en su finca. Era fácil darse cuenta de que la relación entre ellos estaba regida por las circunstancias y las coincidencias, pero nunca por una amistad verdadera y profunda. Era que la vida los había llevado por el mismo camino de guateques, bares e infidelidades. En todo caso habían sido más cómplices que amigos. Lo último que sabía ella de esa conexión superficial, había sido un escándalo público.

Rosario se avergonzaba por lo que andaba diciendo la gente. El quiso salvar su matrimonio, se humilló pidiéndole perdón, y ella volvió a disculparlo. Dijo que por los niños, que ninguna culpa tenían. Estaban decididos a luchar porque se mantuviese unida la familia a cualquier precio. Pero esta vez nada pudieron hacer. Lo de la hija de Pancho Vasallo no aparecía en las confesiones de Antonio y él siguió negándolo, pero la muerte del viejo lo desmentía.

Por todo eso ella lo recibió con reticencia.

-Que no se diga, Rosario, que por un pleito de borrachera me iba a olvidar de un buen amigo a la hora mala. ¡Déjese ayudar!

Rosario pidió un plazo, consultó a su marido mediante una carta escrita con rasgos naufragantes de ansiedad. La respuesta demo-

ró dos largos meses en los que ella no admitió ninguna ayuda. Al fin la respuesta de Antonio llegó trayendo el consentimiento de que aceptara sin miramientos ni menosprecios, lo que Lorenzo le diera; que lo tomara convencida de que era merecedora y guardando las distancias en lo demás.

“Te debo una explicación”, decía y no sería la última vez que la dejara intrigada con esas verdades a mitad de camino.

“Me debes dos” le respondió ella, haciendo alusión a Amalia.

Lorenzo se hizo cargo de las deudas, las compras imprescindibles y otros detalles como la escuela de los muchachos, la salud, el mantenimiento de la vivienda y algunos contratiempos que se presentaban sin aviso.

En ningún momento Lorenzo trató de aprovecharse de su condición de bienhechor, no intentó sacar ventaja del desamparo de la muchacha, ni siquiera en las circunstancias más propicias. Aún así no faltaron los comentarios torcidos en la vecindad, los chismes, las apuestas y la vigilia tras los postigos, el afán por descubrir qué mágica razón inspiraba la bondad del vaquero.

Hasta los más distraídos se extrañaban de que aquél rijoso y engreído vecino estuviese haciéndole tan consagrado culto a la amistad. Nadie le conocía a Lorenzo ese costado tan sentimental.

Aquello dio mucho que hablar. Rosario se enteraba de todas las intrigas y habladurías, sufría con paciencia todas las asechanzas. Ella trataba de preservar a los niños de la urdimbre de los chismes, aunque a veces tocaban a su propia puerta para traerle a casa la patraña. Y otras los propios niños se encargaban de hacer preguntas difíciles de responder.

En un par de ocasiones Rosario recibió anónimos muy hirientes, cuyo contenido era ofensivo igualmente para Antonio y para ella. Con una letra grande y dispareja, en el primero de los mensajes, le aseguraban que su marido había matado por otra mujer, y que ella hacía bien con pagarle con la misma moneda. El segundo papel era una amenaza, de alguien que estaba esperando que Antonio regresara para administrar su justicia personal, ya que la de los jueces era demasiada benigna y no cobraba la cuenta ojo por ojo. A pesar de la gravedad del asunto, los dos papeles ardieron en el fogón de Rosario sin que ella denunciara el acoso. Todo se redujo a alertar al marido cautivo en una de

sus cartas, pero él le respondió que aquello no era más que parte de las provocaciones que sufrían, quizás organizadas por los parientes del viejo Vasallo.

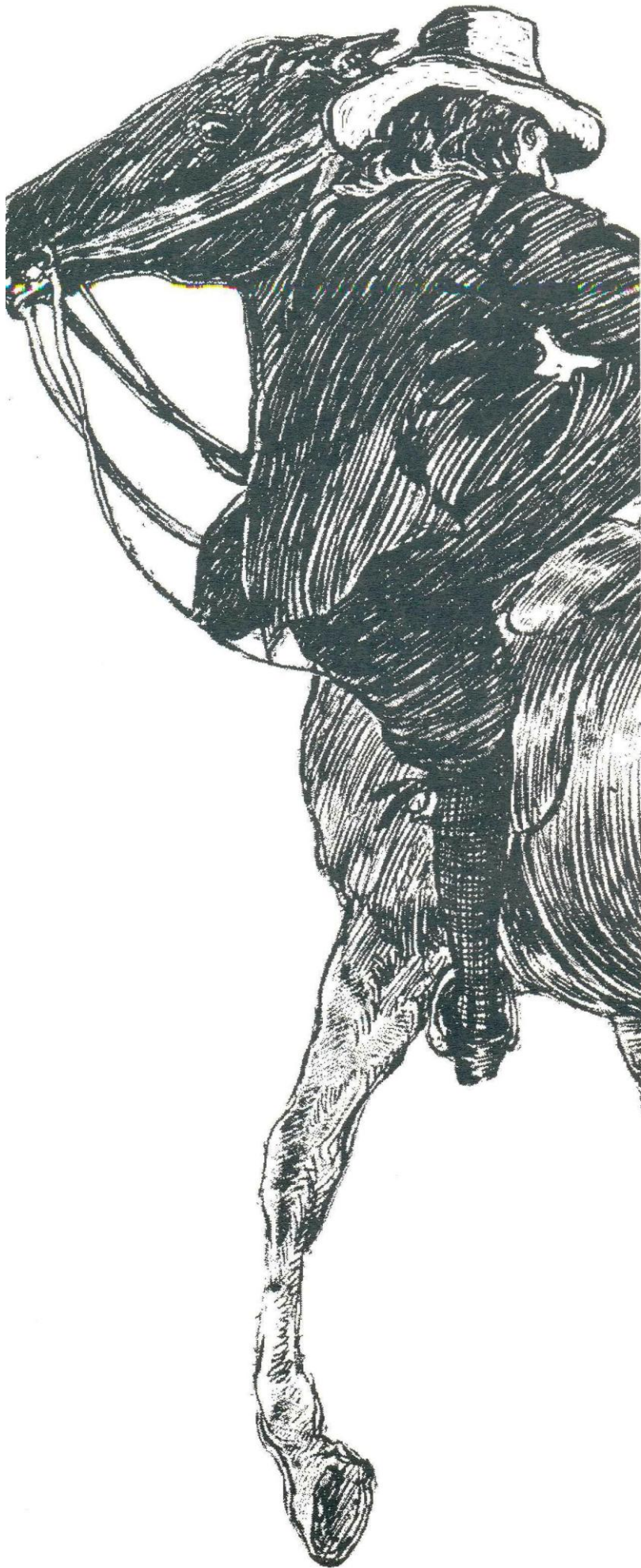
Más de una noche de insomnio dedicó Rosario al intento de descubrir otro camino que la librería de aquella pesadilla, estaba dispuesta a cualquier sacrificio por sus hijos, pero no sabía encontrar otra solución que aquella que le aportaba tan mala fama. Terminó rindiéndose a su destino, confiada en su probidad y en el consentimiento que le había dado su marido.

Desde la cárcel Antonio estaba al tanto de casi todo, con el tiempo logró un asombroso canal de comunicación estable y rápido en el que intervenían, en admirable cadena solidaria, un pescador de langostas de Batabanó, un chofer de alquiler y el fogonero de un tren. Hacía cartas largas queriendo abarcar la realidad inalcanzable, intentando disponer y decidir a distancia, empeñado en vencer las consecuencias de su alejamiento. Aunque él también cargaba con su pena, y frecuentaba el límite de su resistencia, le inculcaba a Rosario que esperara, que confiara, y que siguiera tomando como suyo aquello que Lorenzo le entregaba, haciéndose a la idea de que no lo hacía en el plano de la limosna ni por un favor, sino por algo más allegado al deber, cumpliendo un compromiso inexcusable, cuya naturaleza debía ocultar hasta que un día, librado de esa obligación pudiera contarle en detalle todo aquello que había callado hasta entonces. Antonio también gastaba muchas palabras compartiendo con ella, a distancia, sus reflexiones, y haciéndole nuevas promesas de lealtad y amor eternos. Eso la hacía llorar.

Religiosamente Lorenzo cumplió la promesa que había hecho al prisionero. Nunca faltó a su palabra, ni dejó sin responder ninguna de las peticiones de Rosario. Así fue cada día, cada mes, cada año, hasta la mañana en que se despertó con la convicción de que se le acababa la vida.

Era una vieja dolencia, a veces olvidada, que de pronto le puso una trampa y lo castigó con saña. Era invierno y eso apresuraba el trabajo preciso de la muerte. Y llegó el momento en que él supo que ya no habría alivio posible, ni médico ni medicina, ni embrujo, ni casualidad que lo salvara.

Después de toda una noche navegando en febril reflexión, hizo que su mujer llamara a



un cura, viejo amigo de la familia, que lo había casado y bautizado a sus hijos, sacerdote franciscano que vino pronto en auxilio de su alma, ya que su cuerpo no tenía remedio.

—Padre, —le dijo— siento que me muero y no quiero irme sin confesar mis pecados.

El cura lo oyó con gran paciencia. Al principio todo era vulgarmente cotidiano, pecados menores, simples pompas del Diablo, pero después pasó a faltas mayores, mencionó la soberbia, la ira, la lujuria, y después dijo lo peor:

—Yo tengo una deuda grande con Dios, y con los hombres, padre, cometí un grave error y casi no tengo tiempo para repararlo.

La cercanía de la muerte le espantaba, pero mucho más enfrentaría grávido de culpa. Casi no tenía fuerzas para acusarse. La mujer del enfermo colocó un mantel blanco sobre la mesa, y encima dispuso el padre los elementos de la extremaunción: el crucifijo, los cirios, el platillo con pan y algodón, el agua bendita. La conversación con el sacerdote no le bastó. Necesitaba que lo oyera alguien más que Dios.

—Hijo mío, te asiste la razón, pero no está en mi mano ayudarte. Ni siquiera tu mujer está en el derecho de saber lo que me contaste.

El cura le explicó el significado secreto de su confesión, íntimo, inviolable, aún ante las leyes terrenales. La muerte llegó antes de que terminasen las preces del agonizante. Fue a partir de entonces que el secreto bien guardado de Lorenzo, se quedó para siempre con el franciscano. Si la justicia humana hubiese sido tan benévola como la de Dios, él se habría confesado mucho antes frente a la ley de los hombres.

Vicente el agrónomo despidió el duelo. Como no conocía muy bien al finado, tuvo que hacer preguntas sobre su persona y fue muy cuidadoso con los adjetivos. De lo que le dijeron sacó esta reflexión:

“Si la muerte suele ser también un castigo de Dios, únicamente Lorenzo sabrá cuál de sus pecados despertó su ira ciega; yo sólo quiero despedirlo reconociendo al menos una de sus virtudes: el silencio.”

Rosario se sintió por segunda vez desamparada. Le escribió a Antonio contándole la mala muerte de Lorenzo, y pidiéndole que le recomendara qué hacer ante semejante encrucijada.

Por primera vez Antonio dio varias leídas a una carta de su mujer. La noticia de la muerte de Lorenzo le parecía increíble, pero allí estaba todo claro, con detalles del funeral y sin espacio

para las dudas. No durmió esa noche y a la mañana siguiente pidió una entrevista con el reeducador³. Lo mencionó por su apellido, ya se conocían, el teniente Ramos había estudiado su expediente, y como resultado de varias conversaciones y del examen de los papeles, existía una solicitud de rebaja de pena para el recluso 33455. Estaba respaldada por el comportamiento durante más de diez años, y el lado débil de la reclamación era que Ramos nunca había podido descodificar los silencios del prisionero. Su biografía era demasiado sospechosa. Al cometer el asesinato tenía limpios antecedentes y una reputación de gente pacífica, lo que ratificaba su comportamiento en prisión. Cuando en enero de 1958 se desmoronó el régimen de Fulgencio Batista, Antonio lo supo gracias a un grupo de presos que vino a anunciarle la liberación. Uno de ellos traía las llaves de las celdas, las rejas se abrieron y los pocos custodios que se habían quedado allí estaban muertos de miedo. Era así de sencillo, salir a la calle, a la libertad. Ya no había Batista, ya no había gobierno.

Todos salieron a la calle, pero él se sintió atado a algo que estaba mucho más allá de esos sucesos, y se quedó allí tirado en un camastro, junto con un viejo que no huyó porque su cuenta se agotaba y no quería gravarla con nuevos delitos.

Cuando llegaron los nuevos custodios lo encontraron allí, mansamente esperando, como el día en que extendiera sus manos para ser esposado tras declararse asesino. Entonces Ramos era soldado raso, y conoció a Antonio cuando lo tuvo de ayudante en la cocina. Le costaba trabajo pensar que se tratara de un simple asesino.

Después su conducta en prisión siguió siendo impecable. Sólo estuvo involucrado en un hecho violento, y fue tratando de evitar un crimen tras las rejas.

Seis meses hacía que el teniente Ramos conversaba con frecuencia con el 33455, a quien llamaba por su nombre. El móvil de su crimen era el tema recurrente, Ramos no podía hacer encajar la personalidad de Antonio con lo narrado en el informe de su causa. Ramos era bastante escéptico ante las reclamaciones de los reclusos. Casi nunca reconocían su culpa, eran por lo general, víctimas, estaban allí a causa de un mal manejo de la justicia, o por una casualidad, o un error, o por haber callado en virtud

de la hombría. Pero cuando Antonio le aseguraba que no tenía nada de qué arrepentirse, él lo creía.

Cuando empezó a atender al grupo de los homicidas, el teniente Ramos se dio cuenta enseguida que Antonio era una excepción. El grupo era muy diverso. Las personalidades muy variadas. Los había depravados, agresivos, y también casuales, circunstanciales, como el que estando ebrio había regresado a casa y sorprendido a su mujer con un amante, o el atormentado por un chantaje, o el que había sido gravemente humillado delante de su novia, o el guajirito que no soportó ver como desalojaban a sus padres y quemaban su bohío.

Definitivamente Antonio no encajaba en el grupo, aunque sabía sobrellevarlo, y ellos le llamaban "el secretario", porque tenía buena letra y aceptaba escribirles cartas y reclamaciones. La historia de Antonio giraba alrededor de una anécdota sencilla, un simple problema de faldas, pero no dejaba de pensar en su mujer y sus hijos.

Entonces, cuando esa mañana le oyó decir que era inocente, fue como la ratificación de una vieja sospecha. Aún así, no era caso de resolver con dos palabras. ¿O era que Antonio empezaba a imitar a sus compañeros de celda que juraban estar tras las rejas injustamente?

Antonio apenas argumentó a su favor, sólo le dijo al oficial que era inocente y que si se revisaba su caso aplicando las técnicas criminalísticas y la deducción podría llegarse fácilmente a la verdad.

El oficial insistió en oír su versión. Antonio describió vagamente cómo había ido a aquella fiesta de los Vasallo, cómo después de una tonta discusión decidió irse y salió en busca de su caballo, y ya estando camino de su casa escuchó el disparo.

Era una historia demasiado simple como para ser creída. Sobre todo no había explicación para su silencio por años. Antonio dijo que al ser acusado se aturdió y no supo defenderse, que era muy joven y la justicia de entonces no quiso escucharlo, que todo fue muy rápido y se conformó a su desgracia, pero que ahora, con el tiempo, y estando ya sus hijos en edad de hacer preguntas, quería hacer algo por abrirle paso a la verdad.

Sin embargo Ramos intuyó que aquel hombre mentía, o que al menos estaba diciendo verdades a mitad de camino. Ramos sólo le prometió que procedería según los reglamentos, que seguramente todo se investigaría. Lo llevaron a

la dirección del penal. Allí también tuvo que responder preguntas. El mantenía su relato sin quitar ni poner palabras. Parecía aprendido de memoria. Le tomaron declaración. Dos semanas después debían llevarlo al “lugar de los hechos”. Se nombró a un oficial investigador que hizo las primeras indagaciones. El tiempo y el olvido se dieron la mano para dificultar las cosas.

La muerte de Pancho Vasallo yacía bajo un manto de viejas anécdotas a veces contradictorias. Los peritos iniciaron su trabajo con lo poco que tenían, que apenas se reducía al paisaje. Costó mucho esfuerzo encontrar a un grupo de “testigos presenciales”. También fue difícil localizar a la familia, que estaba dispersa y además no se interesaba por hurgar en el pasado. Lo principal era que ya nadie le devolvería la vida a Pancho Vasallo.

Los hijos de la víctima no estuvieron presentes. Amalia Vasallo vivía con su familia en el extranjero y Celso Vasallo estaba ilocalizable, se había ido de casa el mismo día del crimen. La muerte de su padre le había trastornado. Todos sus planes se derrumbaron con aquel disparo y ahora andaba errando sin rumbo ni paradero fijo.

Al juez lo hallaron ya en retiro, criando gallos de pelea en su finca de las afueras. Se acordaba bien del expediente. Con una sola frase volvió a cerrarlo:

-A confesión de partes, relevo de pruebas.

Todo estaba dicho referente a la ley.

Antonio soñaba despierto adelantándose a su llegada. La imaginó de muchas maneras. El solo hecho de poder pasar unas horas en su pueblo lo llenaba felicidad.

Ramos le había prometido que antes de practicar el experimento de instrucción lo llevaría a encontrarse con su familia y hasta se haría la vista gorda para que pasaran juntos un buen rato.

Adormilado por el vaivén del ferrocarril, Antonio volvió a recordar aquella noche de su mala suerte. La fiesta estaba en su mejor momento, los pies de los bailadores seguían el ritmo del bajo cuando él llegó con sus mejores ropas de domingo, un gran veguero encendido y algunos tragos fuertes aligerándole el ánimo. Los músicos se lucían con una pegajosa melodía:

“mamá yo quiero saber

de dónde son los cantantes”

Antonio echó un vistazo en el salón y la encontró enseguida. Estaba en un rincón, discutiendo

con un montero de “El Paraíso”. Ya sabía que el montero andaba tras los pasos de Amalia, pero no le importaba, al menos de eso quería convencerse, iba a voltear la cara para desentenderse de la pareja pero entonces le pareció que la muchacha era acosada, y eso ya era harina de otro costal, de manera que decidió abrirse paso entre los bailadores, aligerado por los vapores del alcohol.

El montero reclamaba cierta promesa y Amalia le zafaba el cuerpo cuando Antonio llegó hasta ellos, airado, como gallo fino, aunque la muchacha también lo rechazó.

Belén, que era como el perro guardián de los Vasallo fue a avisarle al viejo. El recado se lo dio a su manera, cargándolo con palabras retadoras. Pidió permiso para actuar, pero Vasallo dijo que ese era un asunto de familia y le tocaba resolverlo personalmente.

La historia subterránea era que los dos amigos habían compartido la misma relación y ahora ambos habían quedado al margen. La discusión estaba subida de tono cuando llegó Pancho Vasallo. Solucionó aquello a su manera, abofeteó a la muchacha y le ordenó a los hombres que salieran de su fiesta. Lorenzo lo hizo sin reparos. Antonio maldijo al viejo y le advirtió que aquella no era cuenta que pudiera quedarse sin saldar.

Pancho Vasallo lo amenazó de otra manera:

-No se te olvide que conmigo vivo no pisas más esta casa.

-No me hace falta venir aquí para encontrarme con Amalia.

-Entonces tendré que ir a tu casa, para que sepa la pobre Rosario la clase de marido que tiene.

-Amalia es tu hija, no tu querida.

-¡Tampoco será la tuya, hijo de la gran...!

Se fueron a las manos, los bailadores lograron separarlos. Como ya no se alcanzaban con los puños, se lanzaban miradas feroces y se gritaban insultos.

-Esta me la debes y te la cobro pronto. -Fue lo último que dijo Antonio antes de salir en busca de su caballo. Así al menos lo recordaba la gente.

Belén dio unas palmadas sobre su cabeza, dijo que la fiesta no había terminado, que todavía quedaba mucha noche por delante. Convocó a los músicos para que levantaran el ánimo con una buena guaracha. La gente siguió bailando. Entonces se oyó el disparo. Los hombres salie-

ron al portal, corrieron hacia varios rumbos. Vieron que Antonio se alejaba al trote. Lo delataba su sombrero blanco Stetson. Llamaron a Pancho Vasallo, pero no respondía. Salieron a buscarlo. Lo hallaron tumbado sobre una laja de piedra blanca, ya camino de la muerte. Lorenzo corrió a buscar su jeep, lo puso en marcha, sobraron los brazos para cargar al herido. Lorenzo manejó temerariamente a lo largo de un sinuoso y enlodado camino. Casi una hora demoró el trayecto hasta llegar al médico. Al primer vistazo dijo:

-Este hombre está muerto.

La bala le había quedado alojada en el pecho. Lorenzo se ocupó de todo, corrió con los gastos, dijo que no era hombre de rencores, que la muerte había puesto fin a las rencillas. De regreso a la finca uno de los peones le susurró a Belén:

-Eso fue Antonio

Alguien lo había visto escapar al galope. Todos salieron a buscarlo. El primero en llegar, en su jeep, fue Lorenzo.

Antonio iba a reiniciar la pelea. Lorenzo lo atajó:

-Vienen por ti, pero sé que eres inocente.

Antonio se dispuso a huir, pensó que lo mejor sería esconderse hasta tanto se aclarase el suceso. Lorenzo le recordó lo torpe y ciega que solía ser la justicia, y que no iba a ser bueno abandonar a la familia. ¿De qué iban a vivir? -Excepto que les dejes suficiente dinero

-¿De dónde voy a sacarlo?

Lorenzo se ofreció de comprador, pagaba caro algo que Antonio podía darle si estaba dispuesto a sacrificarse por los suyos.

Antonio le recordó que era inocente, y que sólo necesitaba tiempo hasta que la verdad emergiera. Pero eran tiempos en que la verdad tenía las piernas cortas. Lorenzo se lo recordó, y también, sin querer echárselo en cara, le advirtió que nada era fácil tratándose de jueces y policías, y careciendo del dinero y las conexiones que sin embargo a él le sobraban.

-Quiero hacerte una buena proposición.

-Bueno, oírte no me va a costar nada, -Antonio comenzó a arreglar la montura de su caballo- pero que sea con prisa.

-Es sencillo.- Me encargo de todos tus problemas y tú te encargas de ese muerto.

Por si no lo había entendido, le añadió:

-Te compro caro lo único que tienes, tu libertad.

Pensó en su madre enferma, en sus hijos, en las deudas y las penurias familiares.

-¿Y si no me cumples?

-Te bastaría con hablar lo que sabes.

Cerraron el trato.

Después de eso Lorenzo fue a su casa y le contó a su mujer la magnitud de la tragedia.

Antonio se resignó a esperar que lo apresaran, y después llovió mucho antes de que pareciera que las cosas iban a volver a su justo lugar.

El trato había terminado. La muerte había puesto fin a la espera. A media tarde el tren comenzó a disminuir velocidad. Después de una curva Antonio pudo ver el apeadero. Había poca gente, pero allí estaban ellos. Rosalía y Chela lloraba abrazada a su madre. Iván esperaba serio, con los brazos cruzados sobre el pecho.

El tren se detuvo. Antonio fue premeditadamente despacioso, ahora cada segundo tenía para él un significado trascendental. Dejó que pasaran delante unos ancianos cargados de bultos y un matrimonio con niños muy traviesos. Después ayudó a bajar los equipajes de unas señoras de la iglesia.

Por fin puso los pies sobre su tierra. Soltó un suspiro largo y echó a andar hacia los suyos. Ellos también se movieron hacia el reencuentro. A dos pasos del abrazo alguien se asomó detrás de unos cajones y disparó. Fue certera la bala de Celso Vasallo que había venido de lejos muy lejos a cumplir una injusta promesa hecha a su padre cuando ya nada podía responderle.

Como llovía, los enterradores habían bebido mucho y tenían problemas con su equilibrio y su estado de ánimo. Rosario, Iván y Chela habían llorado mucho, esperaban abrazados los pasos del funeral. Pocas personas asistían.

Vicente el agrónomo despidió el duelo. Sólo bastaban cinco minutos para decir que aquel hombre que cubrían de tierra siempre había sido, a pesar de los chismes y sucesos, un hombre familiar.

¹ Un paso superior o puente que cruza por encima del ferrocarril en las afueras de La Habana

² RN: Reclusorio Nacional

³ Oficial de las actuales prisiones cubanas que tiene como objetivo reeducar a los reclusos y prepararles su regreso a la libertad. A veces, según la conducta del reeducado, aminora la condena.